

Hablar desde la acción

En algún momento del transcurrir educativo, de eso ya hace algunos años, y del esfuerzo por resolver pedagogía con acción, se advertía que la experiencia una vez más podía ser el lugar para hablar, y digámoslo en las posibilidades de un narrador: hablar en aquí, en el ahí y en el allí. Más exactamente, hablar desde la acción, como testigo de la acción y en tanto conocedor de la acción. Hablar de la vida, sobre la realidad y en diálogo directo con la ciencia. Este hecho, que pareciera una conspiración, no contra el saber o las disciplinas como tales, sino contra la legitimidad de un discurso que ha pretendido totalizar el sentido e imponer una misma forma de hacer y proceder, fue perdiendo su batalla, embestido por una nueva conquista, la de la evaluación y la gestión. Entonces, la experiencia se convirtió en un problema *formal* en la práctica y un *informe* al pasar a la hoja en blanco. De escritorio en escritorio, de archivo en archivo, de jefe en jefe y de experto en experto, el informe logró *formatear* la experiencia y despojarla de aquello que buscó desde un comienzo: el aprendizaje de la escucha y no ya la legitimidad de la enseñanza. ¿Escribir para ser escuchados más que legitimados, no significa acaso una apuesta excepcional en el devenir de la pedagogía? Pero cuando el nuevo formato y la conquista tecnológica desplazan la fuerza de la experiencia, volvemos a la tragedia.

En esta asfixia memorística no se habla del presente y sin embargo el presente de quien escribe, o mejor de quien cuenta, es el nuestro. Y decimos que es nuestro presente, porque en parte la desgracia sigue siendo a quién contar las historias con las cuales podríamos llenar las noches el resto de nuestras vidas, en un país como Colombia; lo que bien podría decir desde un vendedor ambulante hasta un maestro(a) de escuela, un indígena o un estudiante de secundaria.

Aparte del aburrimiento que genera leer tanto archivo muerto y tanta categoría que pierde el verdadero asombro de la investigación, el lenguaje de la experiencia, en su afán de responder a ese nuevo saber institucional y globalizante, deja pasar la historia, las dudas, los grandes conflictos humanos, las inquietudes de los jóvenes y las preguntas con que aún crecen los niños, deja pasar esas sobrevivencias cotidianas, deja pasar

la misma intensidad de quien escribe su informe y que parece el único sujeto entusiasmado con texto, porque ha participado de la aventura que nos cuenta sin contarnos. En el trasfondo de su silencio sordo, aquel lector que soporta tanta palabra fragmentada en ítems, puntos y objetivos. No se trata de reivindicar el lugar marginal en que en ocasiones se ubica aquel que intenta hablar sobre su experiencia y que deja notar su temor de no tener un presupuesto teórico que le dé validez a lo que piensa, como suplicándole a otros campos del conocimiento un lugar en el tribunal que juzga su saber. Más bien, se trata de llevar el pensamiento, con todo y sus conceptos, percepciones y emociones, al lugar incierto de la acción, de forzarlo a que piense desde ese referente vital que es incapaz de pensar cuando recurre a un formato y un cuerpo argumentativo a priori.

Maestros escritores, no nos sigan convenciendo de lo que saben, ayúdenos a explorar lo que buscan, no sigan repitiendo las consignas sobre la importancia de la experiencia, cuéntenos la problemática del segmento de vida que les obsesiona, no nos hablen como si fuéramos investigadores de la verdad o predicadores de la evaluación, sino los jóvenes, los niños, los maestros, las comunidades y el país con que comparten aquellas historias con las que podrían llenar las noches el reto de sus vidas. Y sobre todo, no pongan citas por citar. Por favor, deslúmbrenos. Lo que sucede con el lenguaje también sucede con un país en crisis, que no sabe escuchar su historia, un país en guerra, con un pasado sin memoria, un país que solo se piensa en elecciones. Sabemos de memoria, como quien aprende las tablas de multiplicar, que miles de personas han sido obligadas a salir de sus casas y, sin embargo, como ni siquiera la tragedia colectiva nos extraña, nos mantenemos en el mismo territorio del juicio moral y mental que hemos aprendido desde siglos, revestido de nuevas técnicas de escritura.

Por esto volvemos a retomar los inicios de *Nodos y Nudos* e invitamos a los maestros a escribir, a contar sus experiencias, desde su quehacer, con su voz, con el amor que los ha llevado a generar surcos de conocimiento y convivencia, no se queden escondidos, visibilícense, no sean maestros marginales, sean maestros vivenciales.